

HIGINIO MARÍN, *Mundus. Una arqueología filosófica de la existencia*. Editorial Nuevo Inicio, Granada 2019, 494 pp.

Pedro Jesús Teruel
Universitat de València

Con este volumen, Higinio Marín sistematiza una serie de hallazgos que han vertebrado reflexiones desplegadas a lo largo de décadas. Desde *La antropología aristotélica como filosofía de la cultura* (1993) y *La invención de lo humano. La génesis sociohistórica del individuo* (1997), Marín ha ido perfeccionando una perspectiva sobre los modos de existir en el mundo que ha desembocado en *Teoría de la cordura y de los hábitos del corazón* (2010) y en *El hombre y sus alrededores* (2013), ambas obras reseñadas por mí para *Thémata*. Dicha perspectiva es deudora de sus lecturas de autores clásicos y contemporáneos –desde el propio Aristóteles, Agustín o Tomás de Aquino hasta Vico, Rousseau, Hegel, Agamben o Gomá– y de compañeros de viaje como Jacinto Choza, Jorge Vicente Arregui, Rafael Alvira, Marcelo López Cambronero, Feliciano Merino o Enrique Anrubia, entre otros. La perspectiva ganada tiene la frescura propia de quien ha rumiado algunos de los grandes problemas de la historia de las ideas y los ha hecho suyos.

De esa incorporación orgánica es el resultado *Mundus. Una arqueología filosófica de la existencia*. El texto, primorosamente escrito y revisado por Marín –maestro de la etimología acertada y elegante– y editado con pulcritud por Nuevo Inicio, se organiza en dos partes (“El mundo como existencia” y “El mundo como presencia”) precedidas por una introducción y seguidas por sumario, bibliografía e índice onomástico.

La categoría que lo vertebra es dialéctica: ‘mundo’ sería “lo que al universo físico le pasa por estar presente el hombre, es decir, el mundo es el haber de la existencia humana y el despliegue de su esencia” (p. 24). Es huella ontológica. Dicho despliegue acaece gracias a la forma específicamente humana de la presencia, la comprensión. Resuenan ecos hermenéuticos, modulados con presupuestos realistas: el mundo como “orden pragmático existencial de habilitación del conocimiento” (p. 38), conocimiento que es, pues, “capaz de lo real, también a través de las formas pragmáticas y existenciales del cuidado que prefiguran la comprensión” (p. 39). El análisis de la formalidad existencial en las etapas de la vida –del ser esperado antes del nacimiento hasta el ser recordado tras la muerte– le lleva al cuidado como expresión señera de la autoconciencia y la libertad. Sigue la exposición de los escenarios del habitar, de

la salida del ámbito familiar y de sí, del lugar existencial de la ciudad y del mundo como proceso. En la segunda parte se aborda la presencia humana en el mundo a través de la libertad como autoposición originaria, que se da y se ofrenda en la sexualidad, el tener, el trabajar.

En todo ello, el “yo” se realiza por medio del “nosotros”. La proximidad a Hegel –a pesar del, quizá, fugaz deslumbramiento con Schopenhauer– revela convergencias, pero no exime de novedades: en Marín, la relación constitutiva no procede de un movimiento primigenio de salida de sí (que halla su retorno en la dialéctica, fallida o lograda, del señor y el esclavo) sino de una situación originaria: la del ser esperado, ser cuidado. El heideggeriano *ser arrojado* se transmuta en *ser acogido*. De ahí brota una metafísica de lo humano con el reconocimiento –y no la confrontación– en su raíz.

Mundus abre algo así como una ventana en el seno de la hermenéutica filosófica. Su arqueología no se agota en un análisis de las estructuras –lingüísticas, políticas, filosóficas– que subyacen a la constitución histórica de lo humano, sino que pretende hallar su sustrato veritativo (que, a la vez, no existe independientemente de su despliegue histórico): se trata del “movimiento doble y sintético de la inteligencia que con el mismo impulso comprende la realidad como histórica y como modalidad y revelación epocal de lo esencial” (p. 31).

Ha sido el segundo capítulo (“La amistad: mundo *a través*”) el que me ha suscitado más interrogantes. Se trata de una magnífica reflexión que pretende disociar la amistad del vector moral –ése que había guiado los tratados clásicos– para centrarse en su estructura formal (en esto coincide, por ejemplo, con Alexander Nehamas en *On Friendship*, Basic Books, Nueva York 2016). El amigo, la amiga, es un “injerto metafísico” (p. 98) que acompaña a la persona en su salida al mundo, en la doble vertiente de dicha salida: como abandono del ámbito genealógico (la familia) y como exposición a la existencia (la acción mundana). La amistad “es el radical o *existenciarario mundano*, es decir, la raíz y la formalidad de la existencia en el mundo” (p. 104). Al amigo no me une sólo la benevolencia sino una elección basada en su singularidad. Por eso, la elección de amigo implica ya un cierto proyecto de sí, un trascendental libremente incorporado a la estructura teórico-práctica del sujeto. En el sorprendente tercer capítulo (“La cima del mundo: la ciudad”), habiendo expuesto una fenomenología de la urbe como meta de caminos que conducen al mercado, al estadio, al ágora, al teatro y, originariamente, al templo; después de una soberbia descripción de cómo el advenimiento del cristianismo disuelve el enlace entre política y religión propio de la ciudad antigua; y tras un apresurado descarte del Estado como marco en que lo particular y lo universal se sintetizan y la diversidad del mundo se lleva a concepto, Marín señala la

amistad como esa síntesis, suprema instancia política en cuanto vertebradora de las comunidades postmodernas (cf. p. 190).

Hay en todo ello, a mi juicio, costuras argumentales que hilvanar. La pretendida disociación del ámbito moral va deshilachándose hasta ceder paso a la tesis clásica de que “los amigos son nuestra mejor versión y su verosimilitud” (p. 131). La preferencia singular trae consigo riesgos no banales, como la búsqueda de sí mismo y la vivencia egoísta del amor, que Kierkegaard abordó de forma inquietante (cf. *Las obras del amor*, primera serie, II B). También el cambio suscita preguntas: ¿qué sucede cuando el amigo deja de ser la persona que suscitó la elección preferente? Si la amistad no es incondicional, ¿no se revela estrategia narcisista o pulsión de placer...? Consciente del problema –“esa incondicionalidad sólo se podría pretender en el caso de que contáramos con un poder mayor que el humano” (p. 140)–, Marín apunta una vía de solución en la esperanza y la liga a la intuición de la radical estructura amical del mundo, tal y como se muestra en la relación Dios-hombre en el cristianismo. Importa dilucidar todo ello si la amistad constituye la formalidad propia del ser humano, apertura a la alteridad y no latente pulsión de dominio. El libro aporta mimbres para bastir este cesto: espera lectores atentos que sepan leer entre líneas.

Mundus. Una arqueología filosófica de la existencia denota una prometedora madurez filosófica. Constituye el punto de llegada de un itinerario que recapitula y abre a posteriores desarrollos. Su prosecución, ya anunciada, prolonga la metafísica de lo humano en una filosofía de la cultura: se trata de *Días de Júpiter. Para una filosofía de la cultura y del sujeto contemporáneo* (con un lugar crucial, intuyo, para la socio-ontología de lo jovial). Es un camino original, reflexivo y provocador el que Higinio Marín viene labrando así desde los años noventa. Por su coherencia y su profundidad, esos surcos del pensamiento están llamados a dejar huella en la visión del mundo de quien se acerque a esta obra.